

1.- Comentario a las lecturas. El Domingo anterior reflexionábamos sobre el Amor y la misericordia de Dios que nos ha salvado de la muerte eterna a la que estábamos destinados por nuestros pecados. Este ha sido el regalo, la gracia que Dios ha dado a la Humanidad: reconciliarse con El, volver a la amistad con El, con todo lo que eso supone de participar en Su Divinidad, o sea, experimentar ya aquí en la tierra, y, para siempre, en el Cielo, la paz y felicidad de la Vida Eterna, a través del amor a Dios y al prójimo.

Pero hay dos requisitos para recibir esta Gracia de la que hablo y son: el reconocerte pecador y arrepentirte de tus pecados. Un ejemplo muy claro de esto, lo tenemos en la parábola del publicano y el fariseo. Dice Jesús que el publicano salió del Templo justificado (O sea, perdonado) y el fariseo, no. Y ¿por qué? Porque el primero se reconocía pecador y se dolía de ello y el segundo solo se veía virtudes y méritos. Esto es lo que nos viene a decir S. Pedro en la primera lectura de este domingo: “Arrepentíos y convertíos para que se borren vuestros pecados” ().

Pero, ¿De verdad nos vemos pecadores? Esto no es tan fácil como parece, de hecho, decían los Santos Padres que es más fácil que un muerto resucite que una persona reconozca que es pecador. Y si en algún momento reconocemos cualquier falta es siempre justificándonos y excusándonos. De todas maneras, no estamos diciendo nada nuevo, esta “costumbre” ya nos viene de nuestros primeros padres, Adán y Eva: Al final La culpa la tiene siempre el otro. Ésta es la razón de que los matrimonios fracasen y otras relaciones de amistad, laborales etc.

A respecto de esto lo dice muy claramente 1ª S. Juan 1, 8: “Si decimos: `No tenemos pecado´, nos engañamos y la verdad no está en nosotros”. Dios no quiere que nos engañemos, quiere que seamos humildes porque sin la humildad no hay nada en la vida espiritual, estamos muy lejos de ser verdaderos discípulos de Jesucristo que nos dijo que aprendiéramos de El a ser mansos y humildes de corazón.

En el evangelio de hoy se dice que: “...en su nombre se predicará la conversión para el perdón de los pecados”. La conversión pasa por la confesión por eso dicen los salmos que Dichoso el Hombre que confiesa sus pecados y no tiene escondidos sus errores. El que esconde sus pecados y no los reconoce está condenado a repetir los mismos errores; esa persona nunca cambiará, además de que se autoexcluye de la salvación.

2.- Sugerencias para el diálogo. 1ª ¿Sueles pedir perdón cuando sientes que has ofendido a alguien?; 2ª Los Santos Padres decían que un cristiano es el que se considera el último y el peor de todos, ¿te ves así ante los demás?; 3ª ¿Le das importancia al Sacramento de la confesión?

3.- Oración. Señor Jesús, manso y humilde. Tu sabes que me domina la sed de que todos me estimen y me quieran. Mi corazón es soberbio. Dame la gracia de la humildad. No puedo perdonar, el rencor me quema, las críticas me lastiman, los fracasos me hunden. Dame la gracia de, con tranquilidad, criticarme a mí mismo. Amén.